



El niño sube las escaleras del coro. Mira la vidriera multicolor. La luz juega allí. Y se rompe contra los cristales.

# LA MISA LA MAYOR

Por David María Tellechea y Santamaría

Los ojos inquietos del niño escudriñan los soportales del Ayuntamiento. De las escaleras que conducen a la iglesia se eleva un murmullo, leve y respetuoso, cuando la comitiva surge de las sombras, bajo la arcada. La gente se aparta, formando un pasillo hasta la puerta de la iglesia. Suena el *txistu* y sus notas rebotan en la sillería de la plaza. Crujen las pisadas sobre los adoquines. Las campanas, hace rato que han terminado su misión de pregonero. Mas el reloj deja oír su voz, en lo alto de la torre, que la suave brisa de la mañana se encarga de esparcir por el pueblo.

Ya han penetrado en la iglesia. Y la gente rompe filas tras ellos. El órgano suena. Se regocija. Y el magnífico crucero gótico rejuvenece con el chorro de corcheas y resplandece sonoro cuando las redondas se estiran perezosas en los últimos acordes de la entrada.

El niño sube lentamente por las escaleras del coro. Mira la vidriera multicolor. La luz juega allí. Y se rompe contra los cristales.

Ha comenzado la misa y los cantores forman un semicírculo ante el director. De súbito, tras una breve introducción a cargo del órgano, brotan las voces en compactos acordes. Dios escucha. Y los hombres también, en la iglesia. La plegaria se eleva a través de las antiguas piedras y sube hacia las nubes que duermen aún en el firmamento.

Las flores perfuman el altar y su fragancia, mezclada con el incienso, se esparce por las naves.

En el ambón izquierdo, el párroco desgrana su sermón. Enérgico, con pausas larguísimas, que hacen apagar el eco de sus palabras. Es la emoción de lo improvisado.

Una voz canta el *Benedictus*. Las columnas se estremecen. No se nota. Pero se estremecen. Y el niño también. Y mira hacia el grupo de cantores. Busca al ángel. Las recias espaldas de los bajos y barítonos se lo impiden. Una nota salpicada del crucero, quizá un sí bemol, penetra en su ojo izquierdo. Y una lágrima lava su mejilla...

La misa ha terminado. Los curas se retiran a la sacristía, y mientras los acordes del órgano despiden de forma harto sonora, a la gente que sale de la iglesia.

La plaza se llena de bullicio. El *txistu* acaba de callar bajo los arcos del Ayuntamiento. Y la gente se desparrama por las callejas adyacentes. Hay tranquilidad ahora. Y el niño mira al cielo. Y piensa que al cabo de unos años las campanas, los cantores, el *txistu*, el reloj, la comitiva..., volverán a emocionar a algún otro niño, un domingo por la mañana, durante la misa mayor...



Han pasado los años. El hombre que fue niño ha regresado a su pueblo. Y desde las escaleras que conducen a la iglesia, observa los soportales del Ayuntamiento. Los coches cruzan continuamente la plaza y el ruido de sus motores resuena estridente, en la mañana. Huele a gasolina. Se escucha el carillón, potente y cantarín. Es la hora. Nadie traspasa la arcada. No hay gente en la escalinata.

El hombre entra en la iglesia. Tampoco suena el órgano, Y mira hacia el coro. Hay luces. Sube las escaleras como antaño. Y al ver los rayos de sol jugueteando en la vidriera, piensa que conoce aquellos reflejos multicolores.

En el coro hay poca gente. Un reducido grupo de niños canta al unísono, durante breves instantes. Y luego, el sermón, leído, se hace algo monótono.

No hay *Benedictus*. En la comunión canta el pueblo. Y cuando la misa termina, el órgano estalla, al fin, en una catartata de notas que, ora alegres, ora misteriosas, corretcan por las naves, retozonas, abrazando las columnas y besando respetuosas el magnífico grupo escultórico que preside el altar mayor.

El hombre está perplejo. ¿Dónde se hallan aquellos bajos cuyas espaldas conoció en su niñez y cuya gravedad podría compararse a la del trueno? ¿Dónde el ángel que cantaba el *Benedictus*? ¿Y aquellos tenores, potentes y bravíos, que en un agudo llegaban a tocar el cielo? Y las partituras que se interpretaban, ¿cuántos dedos de polvo cubren los nombres de sus autores?

La iglesia está vacía. La luz roja, azul, verde..., baja en diagonal desde la vidriera hasta el suelo. Todo es silencio. Luego, chirría la puerta de entrada. Y el carillón, campanillea otra vez, al dar la hora.

Fuera hace calor. La plaza está vacía, también. De pronto suena una estridencia en una callejuela. Es una canción de moda. Guitarras y aullidos. Contorsiones en la penumbra. Una moto ruge al pasar. Y una bocina pincha el aire con su tono grave y potente.

El hombre se vuelve hacia la iglesia. Y piensa que ni las campanas, ni los cantores, ni el *txistu*, ni el reloj, ni la comitiva, podrán emocionar jamás a niño alguno, por la sencilla razón de que ya no existen, ni en la plaza, ni en la iglesia, cuando cada domingo se celebra la misa mayor.

Sólo en el recuerdo.